



LA PRIVATIZACIÓN DEL ESTRÉS



[30]

En su investigación sobre la cultura del trabajo precario y el consumo digital, Ivor Southwood cuenta una historia en primera persona: en un momento en el que se encontraba subempleado y viviendo a base de contratos de corto plazo que conseguía en agencias de empleo de un momento para otro, una mañana tuvo la mala idea de ir al supermercado.^[31] Al volver a casa encontró en su *e-mail* un mensaje de una agencia que le ofrecía trabajo por el día. Llamó a la agencia, pero le dijeron que el trabajo ya había sido asignado y le reprocharon su desconcentración. «Diez minutos en la calle es un lujo que un trabajador freelance no se puede tomar», relata Southwood. De estos trabajadores se espera que se queden en la puerta de la fábrica, con las botas puestas, cada mañana sin falta.^[32] En estas condiciones:

la vida se vuelve precaria. Planear se hace difícil y las rutinas se tornan imposibles. El trabajo puede empezar o terminar en cualquier momento, y la responsabilidad de crear la próxima oportunidad y de surfear entre distintas tareas recae en el trabajador. El individuo debe encontrarse en un permanente

estado de alerta. El ingreso regular, los ahorros, la categoría de ocupación fija ya son restos de otro mundo histórico.^[33]

No es sorprendente que sientan ansiedad, depresión o falta de esperanza quienes viven en estas condiciones, con horas de trabajo y términos de pago que pueden variar de modo infinito, en condiciones de empleo terriblemente tenues. Sin embargo, puede llamar la atención, a primera vista, que se logre persuadir a tantos trabajadores de que acepten este deterioro en las condiciones de trabajo como «naturales», y que se ponga el foco en su interioridad (ya sea en las características de su química cerebral o en la de su historia personal) para encontrar las fuentes del estrés que puedan sentir. En el campo de batalla ideológico que Southwood describe desde adentro, la privatización del estrés se convirtió en una más de las dimensiones que se aceptan de antemano en un mundo aparentemente despolitizado. El término que he utilizado para describir este campo de batalla ideológico es «realismo capitalista», y la privatización del estrés ha desempeñado un rol central en su emergencia.^[34]

En su exposición de la ideología, Althusser cita la doctrina de Pascal: «arrodílate, mueve tus labios en la plegaria, y entonces creerás». Las creencias psicológicas surgen del seguimiento de los pasos y de la aceptación del esquema, los lenguajes y los comportamientos oficiales. Así que, por mucho que distintos individuos y grupos se hayan burlado del lenguaje de la competencia, el emprendedorismo y el consumismo que se adueñaron de las instituciones desde la década de 1980, es nuestra misma aceptación ritualizada de su terminología la que ha logrado naturalizar el dominio del capital y desbaratar cualquier intento de oposición.

Rápidamente, podríamos aprehender la forma que ha tomado el realismo capitalista con solo reflexionar acerca del significado de la famosa doctrina de Margaret Thatcher de que «No hay alternativa». Cuando Thatcher lanzó esta afirmación notable, el énfasis caía sobre la preferencia: el capitalismo neoliberal era, a sus ojos, el mejor sistema posible. Las alternativas no eran deseables: el mensaje implícito era que no había ninguna alternativa *mejor*. Hoy en día, en cambio, la doctrina lleva un peso ontológico distinto: el capitalismo no es ya el mejor sistema posible, sino el *único* sistema posible. Y las alternativas no son solo indeseables, sino fantasmáticas, vagas, apenas concebibles sin contradicción. Desde 1989, el éxito rotundo del capitalismo al momento de gestionar a su propia oposición lo ha llevado a consagrar el objetivo final de la ideología: la invisibilidad. En Occidente, en sentido

amplio, el capitalismo se propone como la única realidad posible y por lo tanto raramente «aparece» como tal. Atilio Borón afirma que el capitalismo ha girado a «una posición discreta, detrás de la escena política, que se volvió invisible y actúa como el fundamento de la sociedad contemporánea» y cita la observación de Bertolt Brecht de que «el capitalismo es un caballero al que no le gusta que lo llamen por su nombre».^[35]

EL REALISMO DEPRIMENTE DEL NEOLABORISMO

Uno esperaría que fuera la derecha thatcherista y postthatcherista la primera en propagar la idea de que no hay ninguna alternativa al programa neoliberal. Pero la victoria del realismo capitalista quedó sellada realmente en el Reino Unido recién cuando el Partido Laborista capituló ante esta visión de las cosas y aceptó, como precio por pagar para llegar al poder, que «el interés de los negocios, estrictamente definidos, podrá desde ahora organizar la forma y la dirección de la cultura entera».^[36] Y en verdad tendríamos que hacer una corrección: más que capitular ante el realismo capitalista de cuño thatcherista, fue el Partido Laborista mismo el que introdujo el realismo capitalista en el mainstream político británico cuando el primer ministro James Callaghan dio su famoso discurso de 1976 en la conferencia laborista en Blackpool:

Durante mucho tiempo, quizás desde el fin de la [segunda] guerra, hemos pospuesto la necesidad de encarar las opciones y los cambios fundamentales de nuestra economía. [...] Desde entonces hemos estado viviendo en tiempo suplementario. [...] El mundo cómodo y acogedor que se nos ha dicho que duraría para siempre, un mundo en el que el pleno empleo podía ser garantizado por la firma de un canciller, este mundo se ha ido para siempre.

De todas maneras, no sería certero decir que Callaghan atisbó el grado en el cual el laborismo se involucraría en la política del consenso corporativo o la intensidad con la que el «mundo acogedor» al que el laborismo le cerraría los ojos sería reemplazado por la inseguridad generalizada que describió Ivor Southwood.

La aquiescencia del laborismo con el realismo capitalista no puede considerarse un simple error, por supuesto: fue una consecuencia de la

desintegración de la vieja base de poder de la izquierda frente a la reestructuración posfordista del capitalismo. Los rasgos de esta reestructuración son ya tan familiares que han retrocedido al trasfondo de lo que se da por sentado: la globalización, el desplazamiento de las manufacturas por la computarización, la precarización del trabajo y la intensificación de la cultura del consumo. Estos rasgos constituyen el fundamento invisible de la realidad incontrovertible y ostensiblemente pospolítica sobre la que descansa el realismo capitalista. Las advertencias que expresaron Stuart Hall y el resto de los colaboradores de la publicación *Marxism Today* a fines de la década de 1980 demostraron ser absolutamente correctas: la izquierda corre el riesgo de desaparecer en la medida en que permanezca apegada a los presupuestos del mundo fordista declinante y sea incapaz de pujar en el tablero del nuevo mundo posfordista.^[37] Pero el proyecto laborista, en lugar de intentar pujar en este tablero, se basó en la concesión de que era imposible cubrir por izquierda el tablero del posfordismo y de que todo lo que podíamos esperar no era más que una versión mitigada del despliegue neoliberal.

Los autonomistas italianos como Franco Berardi y Toni Negri también reconocieron la necesidad de enfrentarse con la destrucción del mundo en el que la izquierda nació y adaptarse a las condiciones del posfordismo, aunque de una manera bien distinta. En una serie de cartas escritas en la década de 1980, Negri caracteriza la transición traumática de la esperanza revolucionaria a la derrota a manos del neoliberalismo triunfante:

Debemos vivir y sufrir la derrota de la verdad, de nuestra verdad. Debemos destruir su representación, su continuidad, su memoria, su huella. Hay que rechazar todo subterfugio en el reconocimiento de que la realidad ha cambiado, y con ella la verdad. Hay que despojarse hasta de la propia biografía. Cambiar la sangre en las venas.^[38]

Actualmente, estamos viviendo los efectos del fracaso de la izquierda para hacer frente al desafío identificado por Negri. Y no hay que tomarse una licencia demasiado grande para conjeturar que muchos cuadros de la izquierda han sucumbido ante una forma colectiva de depresión clínica, con síntomas de abstinencia, déficit motivacional e incapacidad de actuar.

Una diferencia entre la tristeza y la depresión es que, mientras la tristeza se autorreconoce como un estado de cosas temporario y contingente, la depresión se presenta como necesaria e interminable: las superficies glaciales

del mundo de un depresivo se extienden a todos los horizontes imaginables. En la profundidad de la enfermedad, el depresivo no reconoce su melancolía como anormal o patológica: la seguridad de que toda acción es inútil y de que detrás de la apariencia de la virtud solo hay venalidad golpea a quienes sufren de depresión como una verdad que ellos han descubierto, pero que los otros están demasiado engañados como para reconocer. Existe una clara relación entre el «realismo» aparente del depresivo, con sus expectativas tremendamente bajas, y el realismo capitalista.

Pero esta depresión no toma forma colectiva: por el contrario, consiste en la descomposición de la colectividad en nuevas formas de atomización. Una vez que les fue negada la organización estable del empleo para el que habían sido educados, una vez que se los privó también de la solidaridad que antaño proveían los sindicatos, los trabajadores se encontraron forzados a entrar en el juego de la competencia individualista y en el terreno ideológico que naturaliza dicha competencia. Muchos son los que nunca se recuperaron del *shock* traumático de la destrucción repentina del mundo socialdemócrata basado en la organización fordista, y esto es algo que vale la pena recordar en un momento en que la coalición liberal conservadora que gobierna busca retirar los beneficios por discapacidad. Esta maniobra no es sino el punto culminante del proceso de privatización del estrés que comenzó, en el Reino Unido, durante los años 80.

LAS FORMAS MÚLTIPLES DEL ESTRÉS POSFORDISTA

Así como el giro del fordismo al posfordismo ha provocado un sinnúmero de daños colaterales a nivel psíquico, el posfordismo ha innovado también en la multiplicación de las formas de estrés. En lugar de terminar con el exceso de reglamentaciones burocráticas, tal como era la promesa de los ideólogos neoliberales, la combinación de las nuevas tecnologías y el gerencialismo ha incrementado de modo masivo la presión administrativa sobre los trabajadores, de los que se espera que hoy sean sus propios auditores (lo que igualmente no los libera de las atenciones de muchos tipos de auditores externos). El trabajo, no importa cuán provisorio sea, implica ahora la realización de otros metatrabajos: la confección de registros, el inventario de objetivos y metas, el compromiso con el llamado «desarrollo profesional continuo». Refiriéndose al trabajo académico, el blogger Savonarola describe

el modo en que los sistemas de evaluación permanente y ubicua engendran un estado de ansiedad constante:

Uno de los fenómenos de trabajo falso más comunes en la academia neoliberal de la actualidad es la inflación del currículum: a medida que los trabajos disponibles se reducen hasta niveles kafkianos de postergación e implausibilidad, el miserable portador de capital académico no solo debe sobredesempeñarse con relación al programa [...], sino también registrar cada uno de sus actos productivos. El único pecado es el pecado de omisión. [...] En este sentido, el pasaje de [...] la evaluación medida y periódica [...] a la evaluación permanente y ubicua solo puede resultar en una especie de estajonovismo del trabajo inmaterial que, como su precursor estalinista, excede cualquier tipo de racionalidad instrumental y solo genera una corriente subterránea de debilitamiento y ansiedad: al no existir una norma que precise cuánto es lo que uno debe trabajar, no hay una cantidad de trabajo tal que le permita a uno sentir que tiene el empleo asegurado.^[39]

Sería ingenuo imaginar que esta «corriente subterránea de debilitamiento y ansiedad» es un efecto colateral no buscado de la imposición de estos mecanismos de autovigilancia que, por lo demás, manifiestamente fracasan en la consecución de sus objetivos oficiales. Ni más ni menos que el pensador político conservador Phillip Blond afirmó que «la metodología de mercado genera una costosa y enorme burocracia de contadores, examinadores, inspectores, asesores y auditores, todos preocupados por garantizar calidad y ejercer control incluso al precio de aplastar la innovación, impedir la experimentación y elevar los costos».^[40] El reconocimiento hecho por Blond es bienvenido, pero es importante rechazar la idea de que los fallos aparentes del gerencialismo son «errores honestos» de un sistema que, en sus intenciones más profundas, busca mejorar la eficiencia. Las iniciativas gerencialistas sirven a la perfección a sus objetivos reales ocultos, que son los de debilitar más aun el poder del trabajo y socavar la autonomía de los trabajadores como parte de un proyecto para restaurar las condiciones históricas de poder y riqueza de las clases hiperprivilegiadas.

El monitoreo inagotable y la precariedad, en verdad, van de la mano. Como afirma Tobias van Veen, el trabajo precario ejerce una presión «irónica

y a la vez devastadora» sobre el trabajador. Por un lado, el trabajo nunca termina: el trabajador debe estar siempre disponible, sin derecho a ninguna vida privada ajena al tiempo de trabajo. Por otro lado, el precario es por definición descartable, incluso si se muestra capaz de sacrificar todas y cada una de sus esferas de autonomía en aras del trabajo.^[41]

La tendencia actual es que prácticamente todas las formas de empleo se vuelvan precarias. En palabras de Franco Berardi, «el Capital ya no recluta a las personas, sino que compra paquetes de tiempo separados de sus portadores, ocasionales e intercambiables».^[42] Estos «paquetes de tiempo» no tienen ninguna conexión nocional con una persona con derechos o necesidades: simplemente se encuentran disponibles o no en el mercado.

Berardi también reconoce los efectos de las comunicaciones digitales, que producen lo que él caracteriza como un sentido difuso del pánico: un estado en el que los individuos se encuentran a merced de una guerra relámpago de datos imposible de manejar.

La aceleración en el intercambio de la información [...] está produciendo un efecto patológico en la mente humana individual y más aun en el espíritu colectivo. Los individuos ya no pueden procesar conscientemente la inmensa y siempre creciente masa de información que ingresa en sus computadoras, teléfonos y pantallas de TV, en los periódicos online y en sus cabezas. Y sin embargo, resulta indispensable seguir, reconocer, evaluar y procesar toda esta información si deseas ser competitivo y eficiente y triunfar.^[43]

Una de las consecuencias de las modernas tecnologías de la comunicación es que no cuentan con un espacio externo en el que uno pueda descansar de ellas y recuperarse. El ciberespacio vuelve obsoleto el concepto clásico del «espacio de trabajo». En un mundo en el que se espera de nosotros que podamos responder a un *e-mail* de trabajo casi a cualquier hora del día, el trabajo no se limita ya a un lugar o un horario. No hay escape, y no solo porque el trabajo se expande sin límites. Estos procesos comenzaron a colarse en la libido de manera que el estrangulamiento que provoca el exceso de las telecomunicaciones no se experimenta necesariamente como algo displacentero. Sherry Turkle afirma que muchos padres se estresan al tratar de responder sus *e-mails* y mensajes mientras intentan no dejar de prestarle atención a sus hijos, pero al mismo tiempo sienten una atracción magnética por sus tecnologías de la información que los ahogan. No pueden irse de

vacaciones sin llevarse la oficina auestas. Su oficina está en su teléfono. Se quejan de que los jefes esperan de ellos que estén online continuamente, pero también admiten que su devoción hacia los dispositivos digitales excede con creces sus expectativas profesionales.^[44]

Algunas cosas que se hacen por el trabajo, tareas que se llevan a cabo durante las vacaciones o tarde a la noche, no son vividas simplemente como demandas poco razonables del jefe. Desde un punto de vista psicoanalítico, es fácil ver por qué estas demandas, incluso imposibles de cumplir, pueden libidinizarse: porque justamente una demanda de este tipo es la que asume la pulsión de acuerdo con el psicoanálisis. Según Jodi Dean, la compulsión por las comunicaciones digitales constituye una captura por parte de la pulsión tal como la entendieron Freud y Lacan: los individuos se encierran en círculos repetitivos, con la conciencia de actuar sin ningún objetivo, pero sin poder oponer resistencia.^[45] La circulación interminable de las comunicaciones digitales yace más allá del principio del placer: la necesidad insaciable de chequear los mensajes, los *e-mails* y las notificaciones de Facebook es compulsiva, parecida a la necesidad de rascarse una picadura, aun a sabiendas de que así la herida empeorará. Este comportamiento, como todos los comportamientos compulsivos, solo aumenta la insatisfacción. Si no encuentra nuevos mensajes en la bandeja de entrada, uno se siente decepcionado y vuelve a chequear más rápido. Pero si hay mensajes, también nos sentimos decepcionados, porque nunca son los suficientes. No hay techo para la cantidad de mensajes que a uno le gustaría recibir. Sherry Turkle ha hablado con personas que no pueden resistir la urgencia de enviar y leer mensajes de texto incluso cuando están manejando. A riesgo de hacer una broma demasiado sofisticada, puede decirse que este es un perfecto ejemplo de la pulsión de muerte, que no se define por el deseo de morir, sino por encontrarse entre las garras de una compulsión tan poderosa que uno se vuelve indiferente a la misma muerte. Y lo que llama la atención, a la vez, es la banalidad del contenido de la pulsión. Nada que ver con una tragedia al estilo *The Red Shoes*, en la que la bailarina muere por el rapto sublime a que la lleva la danza. Hablamos de personas que se preparan para enfrentar la muerte por leer a tiempo un estatus de 140 caracteres que saben de antemano que es perfectamente banal.

¿REFORMA PÚBLICA O CURA PRIVADA?

La privatización del estrés es un sistema de captura perfecto, elegante en la brutalidad de su eficiencia. El capital enferma al trabajador, y luego las compañías farmacéuticas internacionales le venden drogas para que se sienta mejor. Las causas sociales y políticas del estrés quedan de lado mientras que, inversamente, el descontento se individualiza e interioriza. Dan Hind afirmó que el foco en las deficiencias de serotonina como la supuesta «causa» de la depresión deja en las sombras algunas de las raíces sociales de la infelicidad, tales como el individualismo competitivo y la desigualdad en la redistribución del ingreso. Y si bien existe un enorme corpus de trabajos que muestran los vínculos de la felicidad individual con la participación política y el fortalecimiento de los lazos sociales, tanto como con la justicia en la redistribución del ingreso, una respuesta pública al estrés privado raramente se considera una primera opción de abordaje.^[46] Claro que es más fácil prescribirle una droga a un paciente que efectuar un cambio rotundo en la organización social. Y al mismo tiempo, existe «una multitud de emprendedores que ofrecen la felicidad ya mismo, en pocos pasos». Gente que «se siente cómoda operando con la definición de la felicidad y la autorrealización al interior de la cultura» y que puede vender esta felicidad sin sentir culpas, corroborar y corroborarse en «la ingenuidad enorme de la persuasión comercial».

El régimen farmacológico psiquiátrico fue central para la privatización del estrés, pero es importante que no pasemos por alto el rol, tal vez peor, que también tuvieron en la despolitización del estrés algunas prácticas más holísticas como las de la psicoterapia. El terapeuta radical David Smail afirma que la frase de Margaret Thatcher de que «no existe algo así como la sociedad, solo existen los individuos y las familias» encuentra «un eco subterráneo casi en todos los abordajes psicoterapéuticos en la actualidad».^[47] Terapias como la de la conducta cognitiva combinan el foco en la infancia (a la manera del psicoanálisis) con la idea propia de la autoayuda de que los individuos pueden convertirse en los amos de su propio destino. Smail le da el nombre muy sugestivo de «voluntarismo mágico» a la noción de que, con la ayuda experta de tu consejero o terapeuta, «puedes cambiar el mundo, porque el mundo es cosa tuya en última instancia, para que ya no te provoque estrés».^[48]

La propagación del voluntarismo mágico fue un factor crucial para el éxito del neoliberalismo. Incluso, podríamos decir que este voluntarismo constituye algo así como la ideología espontánea de nuestra época. Por ejemplo, las ideas de la autoayuda se volvieron influyentes en los programas

de TV más populares.^[49] El caso de Oprah Winfrey es probablemente el mejor ejemplo, pero otros programas como los británicos *Mary, Queen of Shops* y *The Fairy Jobmother* promueven de modo explícito el emprendedorismo psíquico característico del voluntarismo mágico. Estos productos nos aseguran que las trabas a nuestro potencial productivo son internas. Si no tenemos éxito, es porque no hacemos el trabajo necesario para reconstruirnos.

La privatización del estrés ha sido una parte central del proyecto cuya meta principal fue la destrucción del concepto de lo público, ese concepto del cual depende, fundamentalmente, el confort psíquico. Necesitamos con urgencia una nueva política de salud mental organizada en torno del problema del espacio público. En su ruptura con la vieja izquierda estalinista, las varias formas de la nueva izquierda fueron a la caza de un espacio público desburocratizado y una mayor autonomía del trabajador, pero lo que encontraron fue gerencialismo y paseos de compras. La situación política actual, con el mercado y sus aliados buscando obstinadamente la erradicación de todo vestigio socialdemócrata, constituye una inversión infernal del sueño autonomista de liberar a los trabajadores del Estado, el jefe y la burocracia. En un giro perverso y espectacular, los trabajadores se ven ahora trabajando más tiempo y más duro, en condiciones deterioradas y por un peor salario, para financiar en los hechos el rescate de la elite financiera por parte del Estado mientras los agentes de dicha elite continúan tramando la destrucción de la red de servicios públicos de la que dependen los trabajadores.

Y al mismo tiempo que un neoliberalismo ya desacreditado pergeña la intensificación de su proyecto, emerge una especie de autonomismo de derecha para el que la crítica de la burocracia socialdemócrata o neoliberal va de la mano de un llamado a restituir las tradiciones. El éxito del neoliberalismo tuvo como condición la captura de los deseos de los trabajadores, que querían desesperadamente liberarse de las restricciones del fordismo, aunque el consumismo individualista miserable en el que nos encontramos inmersos hoy en día no es la alternativa que buscaban. La opción de restituir algunas formas sociales del pasado no representa una respuesta persuasiva o creíble al problema. El capital ya ha aniquilado las tradiciones con las que sueñan escritores como Blond, y no hay vuelta atrás.

Y esto no debería ser causa de llanto; todo lo contrario. No necesitamos revivir las formaciones sociales que ya han fracasado, y por razones que los izquierdistas deberíamos saber entender; necesitamos un proyecto político que en realidad nunca empezó: la creación de una esfera pública democrática.

Incluso en el trabajo de Blond podemos discernir los lineamientos de un giro hegemónico, en su repudio dramático de los conceptos centrales del neoliberalismo, en su ataque a la moral del gerenciamiento y en su admisión tácita de que, contra lo que hubiera afirmado la misma Margaret Thatcher, ocurre que después de todo sí existe algo así como la sociedad. Estos esfuerzos prueban hasta qué punto, luego del salvataje a los bancos de 2008, el neoliberalismo ha perdido credibilidad.

El reciente reflote de la militancia joven en el Reino Unido nos hace pensar que la privatización del estrés ha entrado en crisis, y que en lugar de la depresión individual medicada, nos encontramos con explosiones de rabia pública. Estas expresiones, tanto como el descontento inútil pero masivo frente al gerencialismo que regula y sobrerregula el trabajo, proveen el material con el cual podrían construirse los cimientos de un nuevo modernismo de izquierda. Porque solo un modernismo de izquierda sería capaz de erigir una esfera pública que cure las numerosas patologías con las que nos inocular el capitalismo comunicativo.